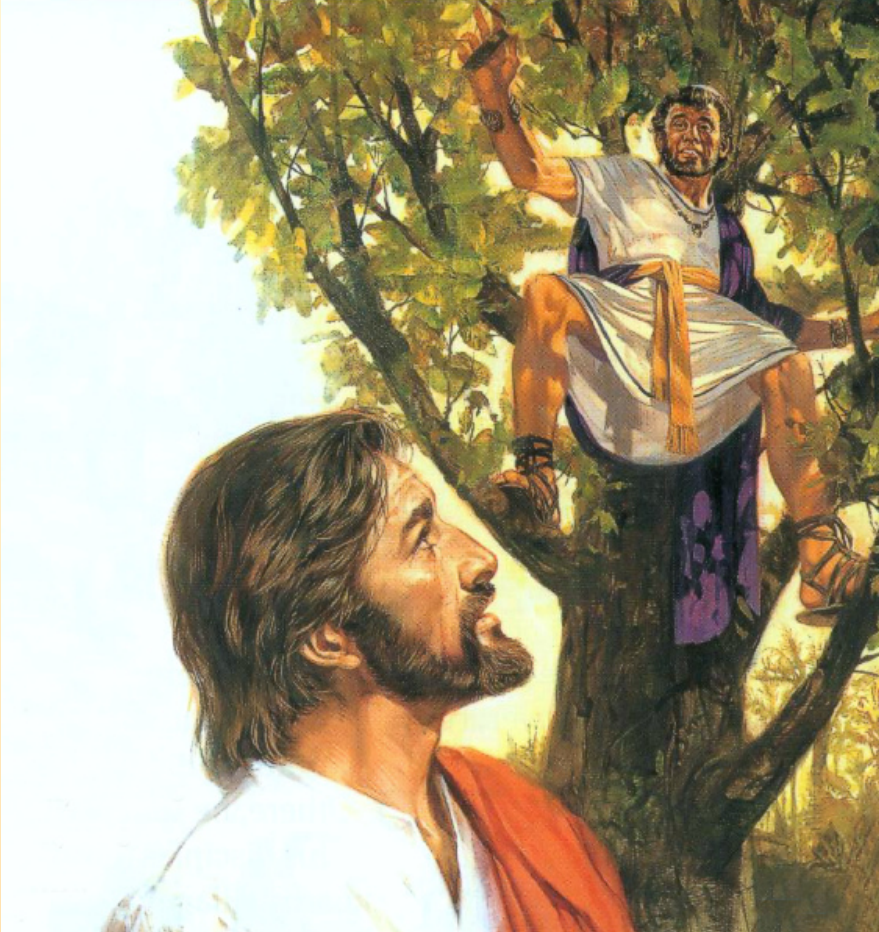


31º Domingo del Tiempo Ordinario



La liturgia de este domingo nos invita a contemplar el amor de Dios. Nos presenta a un Dios que ama a todos sus hijos, sin exclusión; también a los pecadores, a los malos, a los marginales, a los "impuros" y muestra que sólo el amor transforma y da vida.

En la primera lectura un "sabio" de Israel explica la "moderación" con la que Dios trató a los opresores egipcios. Esa moderación solo tiene una explicación: por amor. Ese Dios omnipotente, que lo creó

todo, ama con amor de Padre a cada ser que salió de sus manos, también a los opresores, incluso a los egipcios, porque todos son sus hijos.

El Evangelio presenta la historia de un hombre pecador, marginado y despreciado por sus conciudadanos, que se encontró con Jesús y descubrió en él el rostro de Dios que le amaba. Invitado a sentarse a la mesa del "Reino", ese hombre egoísta y malo, se dejó transformar por el amor de Dios y se convirtió en un hombre generoso, capaz de compartir sus bienes y de conmovirse con la suerte de los pobres.

La segunda lectura hace referencia al amor de Dios, poniendo de relieve su papel en la salvación del hombre (de él parte la llamada inicial a la salvación; él acompaña con amor el caminar diario del ser humano; él le dará, al final del camino, la vida plena). Además de eso, alerta a los creyentes para que no se dejen manipular por fantasías de fanáticos que aparecen, a veces, perturbando el camino normal del cristiano.

PRIMERA LECTURA

**Te compadeces, Señor, de todos,
porque amas a todos los seres**

Lectura del libro de la Sabiduría

11, 22—12, 2

Señor, el mundo entero es ante ti
como grano de arena en la balanza,
como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra.
Pero te compadeces de todos,
porque todo lo puedes,
cierras los ojos a los pecados de los hombres,
para que se arrepientan.
Amas a todos los seres
y no odias nada de lo que has hecho;
si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.
Y ¿cómo subsistirían las cosas,
si tú no lo hubieses querido?
¿Cómo conservarían su existencia,
si tú no las hubieses llamado?
Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida.
Todos llevan tu soplo incorruptible.
Por eso, corriges poco a poco a los que caen,
les recuerdas su pecado y los reprendes,
para que se conviertan y crean en ti, Señor.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El "Libro de la Sabiduría" es el más reciente de todos los libros del Antiguo Testamento (aparece durante la primera mitad del siglo I antes de Cristo). Su autor, un judío de lengua griega, probablemente nacido y educado en la Diáspora (¿Alejandría?), expresándose en términos y conceptos del mundo helénico, realiza el elogio de la "sabiduría" israelita, traza el cuadro de la suerte que le espera al justo y al impío en el más allá y describe, con ejemplos sacados de la historia del Éxodo, las suertes diversas que tuvieron los egipcios (idólatras) y los hebreos (fieles a Yahvé).

Su objetivo es doble: dirigiéndose a sus compatriotas judíos (contaminados por el paganismo, la idolatría, la inmoralidad), les invita a redescubrir la fe de los padres y los valores judíos; dirigiéndose a los paganos, les invita a constatar lo absurdo de la idolatría y a adherirse a Yahvé, el verdadero y único Dios. Tanto a unos como a otros, sólo Yahvé les asegura la verdadera "sabiduría", la verdadera felicidad.

El texto que se nos propone pertenece a la tercera parte del libro (cf. Sab 10,1-19,22). En esa parte, recurriendo, sobre todo, a la técnica del midrash, el autor realiza la comparación entre los castigos que Dios envió a los "impíos" (los paganos) y la salvación reservada a los "justos" (el Pueblo de Dios).

Después de describir cómo la "sabiduría" de Dios se manifestó en la historia de Israel (cf. Sab 10,1-11,24), el autor hace referencia al pecado de los egipcios, que rendían culto a "reptiles irracionales y a bichos miserables" (Sab 11,15); y manifiesta su asombro por que el castigo de Dios a los egipcios haya sido tan moderado y benevolente (cf. Sab 11,17-20). ¿Por qué Dios fue tan contenido y no exterminó totalmente a los egipcios? A esa cuestión es a la que responde el texto.

1.2. Mensaje

Fundamentalmente, el autor encuentra tres razones para justificar la moderación y la benevolencia de Dios.

La primera tiene que ver con la grandeza y la omnipotencia de Dios (cf. Sab 11,22). Quien es grande y poderoso, no se siente incómodo y puesto en entredicho por los actos de aquellos que son pequeños y finitos. Él ve las cosas con suficiente distancia, percibe las razones del actuar del hombre, no pierde la compostura, de ahí surge la tolerancia y la misericordia.

La segunda razón viene de esa lógica que caracteriza siempre la actitud de Dios en relación con el hombre: la del perdón (cf. Sab 11,23). Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; por eso, "cierra los ojos" ante el pecado del hombre, a fin de invitarle al arrepentimiento. Repárese, sin embargo, que esta forma

de proceder no se ejerce aquí sobre el Pueblo de Dios, sino sobre un imperio pagano y opresor: es la universalidad de la salvación lo que aquí se sugiere.

La tercera tiene que ver con el amor de Dios (cf. Sab 11,24-26), que se derrama sobre todas las criaturas. La creación fue la obra del amor de un padre, y ese padre ama a todos sus hijos. Él es el Señor que "ama la vida".

Porque todos los hombres llevan dentro de sí ese "soplo de vida" que Dios infundió sobre la creación, es por lo que se preocupa, corrige, amonesta, perdona las faltas, hace que se aparten del mal y establezcan comunión con él (cf. Sab 12,1-2).

1.3. Actualización

La reflexión puede realizarse a partir de los siguientes elementos:

- ✚ El Dios que este texto presenta es una figura benevolente y tolerante, llena de bondad y de misericordia, que no quiere la destrucción del pecador, sino su conversión y que ama a todos los hombres que él creó, también a aquellos que practican acciones equivocadas.
Todos nosotros conocemos bien esta imagen de Dios, pues él nos la muestra continuamente. Pero ¿la interiorizamos suficientemente?
- ✚ Interiorizar esta imagen de Dios significa "empaparnos" de la lógica del amor y de la misericordia y dejar que ella se transparente en gestos para con los hermanos.
¿Sucede eso realmente en nosotros?
¿Cuál es nuestra actitud para con aquellos que nos han hecho mal, o cuyos comportamientos nos desafían e incomodan?
- ✚ Muchas veces, percibimos ciertos males que nos molestan como "castigos" de Dios por nuestro mal proceder. Sin embargo, este texto deja claro que Dios no está interesado en castigar a los pecadores. Como mucho, intenta hacerles comprender, con la pedagogía de un padre lleno de amor, el sentido de ciertas opciones y el mal que nos hacen ciertos caminos que elegimos.

Salmo responsorial

Salmo 144, 1-2.8-11.13-14

V/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

V/. Te ensalzaré, Dios mío, mi rey;
bendeciré tu nombre por siempre jamás.
Día tras día, te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

V/. El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

V/. Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles;
que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

V/. El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre,
Dios mío, mi rey.

SEGUNDA LECTURA

**Que Cristo sea glorificado en vosotros,
y vosotros en él**

**Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo
a los Tesalonicenses 1, 11-2, 2**

Hermanos:

Pedimos continuamente a Dios
que os considere dignos de vuestra vocación,
para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos
y la tarea de la fe;
para que así Jesús, nuestro Señor,
sea glorificado en vosotros,
y vosotros en él,
según la gracia de nuestro Dios
y del Señor Jesucristo.

Os rogamos, hermanos,
a propósito de la venida de nuestro Señor Jesucristo
y de nuestra reunión con él,
que no perdáis fácilmente la cabeza
ni os alarméis por supuestas revelaciones,
dichos o cartas nuestras,
como si afirmásemos que el día del Señor está encima.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Forzado a dejar Filipos, Pablo llegó a Tesalónica hacia el año 50. Según su costumbre, predica primero a los judíos en la sinagoga, obteniendo algún éxito; pero los judíos, molestos por el testimonio de Pablo, sublevan a la multitud y el apóstol tiene que marcharse, de prisa, de la ciudad. De ahí, se dirigió a Berea, Atenas y, después, a Corinto.

En Tesalónica quedó una comunidad entusiasta y fervorosa, constituida en su mayoría por paganos convertidos. Pero Pablo estaba inquieto pues le llegaban noticias de la hostilidad de los judíos para con los cristianos de Tesalónica; esa comunidad, todavía insuficientemente catequizada, con una fe muy "verde", corría riesgos.

Pablo envió a Timoteo a Tesalónica, para tener noticias y animar a los cristianos. Cuando Timoteo volvió, Pablo estaba en Corinto. Las noticias eran buenas: los tesalonicenses continuaban viviendo con entusiasmo la fe y daban testimonio de Jesús. Había, únicamente, algunas cuestiones doctrinales que los preocupaban, sobre todo por la cuestión de la segunda venida del Señor. Pablo decidió, entonces, escribir a los cristianos de Tesalónica, animándoles a vivir en fidelidad al Evangelio y aclarándoles todo lo referente a la doctrina sobre el "día del Señor".

Estamos en el año 51. Aunque no hay ninguna duda de que la Primera Carta a los Tesalonicenses proviene de Pablo, hay quien pone en duda la autoría paulina de la Segunda Carta a los Tesalonicenses. De cualquier forma, la Segunda a los Tesalonicenses está considerada por la Iglesia como un texto inspirado que debe, por tanto, ser visto como Palabra de Dios.

2.2. Mensaje

El texto que se nos propone presenta dos temas.

El primero (cf. 2 Tes 1,11-12) es una súplica de Pablo, para que los tesalonicenses sean cada vez más dignos a la llamada que Dios les hizo.

El segundo (cf. 2 Tes 2,1-2) se refiere a la venida del Señor.

La primera parte pone de relieve el papel de protagonista que Dios desempeña en la salvación del hombre. No basta con la buena voluntad y los buenos propósitos del hombre; es preciso que Dios acompañe los esfuerzos del creyente y le dé la fuerza necesaria para recorrer hasta el fin el camino del Evangelio. Por lo demás, todo es don de Dios que llama, que anima, y que lleva al hombre hacia la meta.

La segunda parte es el inicio de la doctrina sobre el "día del Señor". La intención fundamental de Pablo es denunciar y desautorizar a algunos fanáticos y fatalistas que, invocando visiones e incluso cartas pretendidamente escritas por Pablo, anunciaban la inminencia del fin del mundo. Esto estaba perturbando a la comunidad, porque algunos,

alarmados por la proximidad de la segunda venida de Jesús, habían abandonado sus responsabilidades y esperaban ociosamente el acontecimiento.

2.3. Actualización

Considerad, para la reflexión personal y comunitaria, los siguientes elementos:

- ✚ En nuestro camino personal o comunitario, rumbo a la salvación, Dios está siempre en el principio, en el medio y al final. Es necesario reconocer que es él quien está detrás de la llamada que se nos hizo, que es él quien anima y da fuerzas a lo largo del camino, que es él quien nos espera al final del camino, para darnos vida plena.
¿Soy consciente de esta realidad de Dios?
¿Tengo conciencia de que la salvación no es una conquista mía, sino un don de Dios?

- ✚ A lo largo del camino, es necesario estar atento para saber discernir lo cierto de lo equivocado, lo verdadero de lo falso, lo que es un reto de Dios y lo que es fanatismo o la fantasía de algún hermano perturbado en busca de protagonismo. El camino para discernir lo cierto de lo equivocado está en la Palabra de Dios y en una vida de comunión y de intimidad con Dios en su Iglesia.

Aleluya

Aleluya Jn 3, 16

Tanto amó Dios al mundo
que entregó a su Hijo único.
Todo el que cree en él tiene vida eterna.

EVANGELIO

El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido

✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura.

Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo:

— «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»

Él bajó en seguida y lo recibió muy contento.

Al ver esto, todos murmuraban, diciendo:

— «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.»

Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor:

— «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.»

Jesús le contestó:

— «Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán.

Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El episodio de hoy nos sitúa en Jericó, el oasis situado a orillas del mar Muerto, a unos 34 kilómetros de Jerusalén. Era la última etapa de los peregrinos que, de Perea y de Galilea, se dirigían a Jerusalén para celebrar las grandes festividades del culto judío (lo que indica que el "camino de Jerusalén", que hemos venido recorriendo bajo la dirección de Lucas, está llegando a su fin).

En el tiempo de Jesús, Jericó era una ciudad próspera (sobre todo debido a la producción de bálsamo), dotada de grandes y bellos jardines y palacios (a causa de Herodes, el Grande, que hizo de Jericó su residencia de invierno).

Situada en un lugar privilegiado, en una importante ruta comercial, era un lugar de oportunidades, que proporcionaba suculentos negocios (y también muchas posibilidades de realizar negocios de "dudosa" moralidad).

El personaje que se sitúa frente a Jesús es, una vez más, un publicano (en este caso, un "jefe de publicanos"). Nuestro héroe es, por tanto, un hombre que el judaísmo oficial consideraba pecador público, explotador de los pobres, colaboracionista al servicio de los opresores romanos y, por tanto, se encontraba excluido de la comunidad de la salvación.

3.2. Mensaje

Nos encontramos aquí con uno de los temas predilectos de Lucas: Jesús es el Dios que vino al encuentro de los hombres y se hizo hombre para traer, con hechos concretos, la liberación a todos los hombres, sobre todo a los marginados y excluidos, colocados por la doctrina oficial al margen de la salvación.

Zaqueo era, naturalmente, un hombre que colaboraba con los opresores romanos y que se servía de su cargo para enriquecerse de forma inmoral (exigiendo impuestos muy por encima de lo que había sido fijado por los romanos y quedándose con la diferencia, como por otra parte era la práctica común entre los publicanos). Era, por tanto, un pecador público sin posibilidad de perdón, excluido de la convivencia con las personas decentes y serias. Era un marginal, considerado maldito para Dios y despreciado por los hombres. La referencia a su "pequeña estatura", más que de una indicación de carácter físico puede significar su pequeñez e insignificancia desde el punto de vista moral.

Este hombre intentaba "ver" a Jesús. El "ver" indica, probablemente, algo más que curiosidad: indica una búsqueda intensa, una voluntad firme de encuentro con algo nuevo, un ansia de descubrir el "Reino", un deseo de formar parte de esa comunidad de salvación que Jesús anunciaba. Sin embargo, el "maestro" debía parecerle distante e inaccesible, rodeado de esos "puros" y "santos" que despreciaban a los pecadores como Zaqueo. El subir "a un sicómoro" indica la intensidad del deseo de encontrarse con Jesús, que era mucho más fuerte que el miedo al ridículo o que las burlas de la multitud.

¿Cómo va a entrar en tratos Jesús con este excluido, que siente un deseo inmenso de conocer la salvación que Dios ofrece y que observa a Jesús desde las ramas de un sicómoro? Jesús comienza por provocar el encuentro; después, sugiere a Zaqueo que está interesado en entrar en comunión con él, en establecer lazos de familiaridad ("Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»").

Prestemos atención a esta situación tan "escandalosa": Jesús, rodeado de "puros" que escuchan atentamente su Palabra, deja a todos parados en medio de la calle para establecer contacto con un pecador público y para entrar en su casa. Es la realización práctica del "deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada". Aquí se hace patente la debilidad del corazón de Dios que, ante un pecador que busca la salvación, deja todo para ir a su encuentro.

¿Cómo reacciona la multitud que rodea a Jesús ante esto? Manifestando, naturalmente, su desaprobación ante las actitudes incomprensibles de Jesús ("Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.»"). Es la actitud de quien se considera "justo" y desprecia a los otros, de quien está instalado en sus certezas, de quien está convencido de que la lógica de Dios es una lógica de castigo, de marginación, de exclusión. Sin embargo, Jesús les demuestra que Dios es diferente de los hombres y que la oferta de salvación que Dios hace no excluye ni margina a nadie.

¿Cómo termina todo? Termina con un banquete (donde está Zaqueo, el jefe de los publicanos) que simboliza el "banquete del Reino". Al aceptar el sentarse a la mesa con Zaqueo, Jesús muestra que los pecadores tienen lugar en el "banquete del Reino"; les dice, también, que Dios les ama, que acepta sentarse a la mesa con ellos, esto es, que quiere que formen parte de su familia y que desea establecer con ellos lazos de comunión y de amor. Jesús muestra, de esa forma, que Dios no excluye a nadie ni margina a ninguno de sus hijos, ni siquiera a los pecadores, sino que ofrece a todos la salvación.

¿Cómo reacciona Zaqueo ante la oferta de salvación que Dios le hace? Acogiéndolo el don de Dios y convirtiéndose al amor. La reparación de bienes a los pobres y la restitución del cuádruplo de todo lo que había robado, va mucho más allá de aquello que la ley judía exigía (cf. Ex 22,3,6; Lev 5,21-24; Nm 5,6-7) y es señal de la transformación del corazón de Zaqueo.

Zaqueo sólo decidió ser generoso después del encuentro con Jesús y tras haber realizado la experiencia del amor de Dios. El amor de Dios no se derramó sobre Zaqueo después de que él hubiera cambiado de vida, sino que fue el amor de Dios, que Zaqueo experimentó cuando aún era pecador, lo que provocó la conversión y lo que transformó el egoísmo en generosidad. Se prueba, así, que sólo el amor puede transformar el mundo y los corazones de los hombres.

3.3. Actualización

La reflexión puede partir de las siguientes ideas:

- ✚ La cuestión central presentada en este texto es, por tanto, la cuestión de la universalidad del amor de Dios. La historia de Zaqueo revela a un Dios que ama a todos sus hijos sin excepción y que no excluye de su amor a los marginados, a los "impuros", a los pecadores públicos: al contrario, es por esos por los que Dios manifiesta una especial predilección. Además de eso, el amor de Dios no pone condiciones: él ama, a pesar del pecado, y es precisamente ese amor nunca desmentido el que, una vez experimentado, provoca la conversión y el regreso del hijo pecador.
Esta Buena Noticia de un Dios "con corazón", es la que estamos invitados a anunciar, con palabras y obras.
- ✚ La vida revela, con todo, que no siempre la actitud de los creyentes en relación con los pecadores está en consonancia con la de Dios. Muchas veces, en nombre de Dios, los creyentes o las Iglesias marginan y excluyen, asumen actitudes de censura, de crítica, de acusación que, lejos de provocar la conversión del pecador, le apartan más y le llevan a radicalizar sus actitudes de provocación. Ya deberíamos haber aprendido (el Evangelio de Jesús tiene casi dos mil años) que sólo el amor genera amor y que sólo con amor, no con intolerancia o fanatismo, conseguiremos transformar el mundo y el corazón de los hombres.
De verdad, ¿cómo acogemos e integramos a los que asumen actitudes diferentes de las que consideramos correctas?
- ✚ Testimoniar al Dios que ama y que acoge a todos los hombres no significa, con todo, suavizar el pecado o pactar con el que está equivocado.
El pecado genera odio, egoísmo, injusticia, opresión, mentira, sufrimiento; el pecado es malo y debe ser combatido y vencido. Sin embargo, distingamos entre el pecador y el pecado: Dios nos invita a amar a todos los hombres, también a los pecadores; nos llama a combatir el pecado que emborriona el mundo y que malogra la felicidad del ser humano.